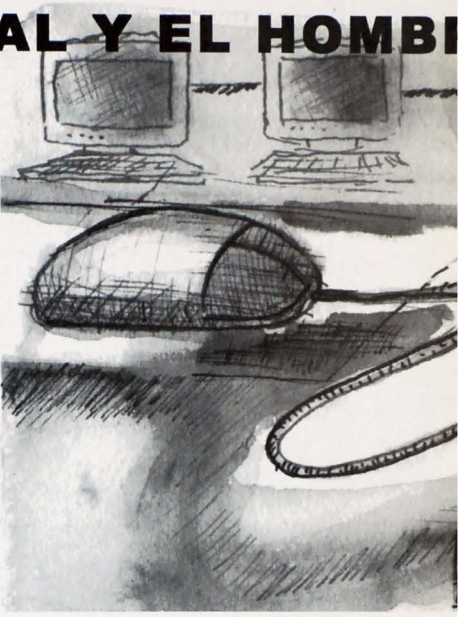
LA ALDEA GLOBAL Y EL HOMBI

Por: José Mauricio Loucel



El diccionario enciclopédico básico define a la aldea como pueblo de reducido vecindario y, por lo común, sin jurisdicción propia, caserío. Es decir, se destaca lo reducido del lugar.

Sin embargo, el significado de la palabra aldea implica también la unión de los moradores de la misma. Esta unidad se manifiesta generalmente en la búsqueda conjunta de provisiones, seguridad y realización de eventos y obras que redunden en beneficio de la colectividad.

Este concepto se ha querido aplicar al fenómeno que conocemos como globalización para describir las relaciones, comunicaciones y acercamientos que se realizan en todo el mundo ante las cercanías propiciadas por los avances tecnológicos.

El transporte rápido, la televisión, la caída del muro de Berlín (con sus implicaciones), pero sobre todo la computadora y el internet han acortado las distancias o las han hecho desaparecer del todo.

Esto ha redundado en una serie de fenómenos que quizás no han sido estudiados suficientemente o no han producido, en toda su magnitud, las consecuencias que nos llevarán, tarde o temprano, a experimentar serias transformaciones que pueden alterar el orden de sentimientos, reacciones y emociones a los que estamos acostumbrados y que forman nuestra preciada identidad actual.

¿Estamos preparados para ello? ¿Qué porción de realización individual nos esta reservada? ¿Estamos listos para una vorágine de cambios y propuestas que rebasarán nuestra capacidad de asimilación? ¿Se transformarán nuestras creencias y valores? ¿Asimilaremos futuros comportamientos? Las respuestas a estas preguntas debemos buscarlas en la fenomenología que propicia el origen y propósito de esta situación.

A la caída del socialismo real – léase los desajustes de la personalidad humana con todos sus egoísmos frente a la posibilidad de compartir – el mundo se sumergió en una nueva realidad. Desaparecieron los polos y emergió el pragmatismo mercantilista menoscabando y deteriorando los fundamentos mismos del estado en provecho de las grandes corporaciones empresariales, que con una estructura axiológica totalmente diferente propician y compelen a un nuevo estilo de vida.

Pero estos nuevos estilos de vida conllevan ciertas premisas que chocan frontalmente con algunos supuestos, creencias o conceptos que están arraigados profundamente en nuestro más recóndito ser interior.

Desde ya podemos decir que existen circunstancias, hechos y fenómenos que eran totalmente desconocidos para nuestra generación – mi generación – todavía podíamos cortar mangos y guayabas peruleras y el término degradación del medio ambiente era totalmente extraño para nosotros.

Ahora tenemos que luchar cotidianamente contra la información deliberante falsificada y la degradación social. Una oculta a la otra, y el poder de los medios de comunicación va aparejado a una recepción de los mensajes por parte de una población casi analfabeta que los procesa con una visión adulterada e insuficiente para generar dinámicas sociales correctivas.

La globalización nos ha acercado y al mismo tiempo nos ha alejado. Podemos saber lo que esta pasando al otro lado del planeta, pero ignoramos el nombre de nuestro vecino de al lado.

Esta distancia cercana se va convirtiendo en la receta obligada del hombre moderno. Desde luego, alguien podría decir que esto solo significa el advenimiento del hombre solitario en deterioro del ser colectivo. Pero también significa la ausencia eminente de la posibilidad social.

Es decir, si hemos llegado a concluir que lo contrario al amor no es el odio sino la indiferencia, este continuo alejamiento provocado por nuestra identificación creciente con la máquina y el aparato, nos volverá cada vez más alejados del prójimo, lo cual también significa una actitud mas hedonista, más apática y más egoísta.

De hecho esas características se manifiestan ya en actitudes individuales que observamos cotidianamente: irresponsabilidad ecológica, indiferencia ante el sufrimiento ajeno y una actitud de apatía ante los hechos que afectan a la sociedad.

¿Es este el resultado del hombre globalizado? ¿Qué puede esperar el ser humano del futuro? ¿Es que acaso no se asemeja todo esto a una especie de suicidio colectivo? ¿Es posible que la humanidad solo este viviendo la última etapa de un ciclo renovable? ¿Nos estamos acercando a un inmenso abismo inmolatorio? ¿O todavía podemos consetvar con nosotros la esperanza?

El problema consiste en que el hombre civilizado está impregnado de una arrogancia peculiar. La conveniencia corporativa y la satisfacción que le proporcionan las comodidades materiales, también le sirven de venda justificativa de su ceguera. El dirigente se esfuerza por la viabilidad del momento e ignora, a ratos concientemente, las consecuencias de su ignorancia.

El hombre es cada vez menos solidario. No le importa para nada el conjunto. Hace caso omiso de un futuro amenazador. Se concentra en su brecha. Tiene una curiosa actitud proactiva cargada de individualismo y se olvida, esto es muy importante, de su responsabilidad como ser gregario.

Estamos, entonces, ante una situación de tremenda irresponsabilidad colectiva. El ser humano se aleja de la posibilidad de definir por si mismo su propia historia. Renuncia a su papel de guardián de la vida y se deposita en las vicisitudes de un mercado proyectado hacia la utilidad financiera, sin importar lo que esto implique en términos de degradación ambiental o en pérdida de los valores sustentadores de la propia condición humana.

La globalización trae consigo un inmenso borrador con el que hace desaparecer la vida, la geografía, las costumbres, la esencia misma de una raza sabia y orgullosa. Los que hace cinco siglos vinieron fueron los abanderados del despojo, la enfermedad, la tortura y la muerte. Los que vienen ahora solo necesitan traer una chequera que, a la larga, hace más daño que la picas y los arcabuces.

Desde entonces nos han ido reduciendo aun cuerpo sin rostro. Ahora solo somos factores de consumo. Ya no queremos tener dos alas para el vuelo, el atol de elote es un brebaje extraño no comparable con la coca cola, los cipotes ya no están interesados en las piscuchas y el concierto mas alocado es mejor que los sonidos extraños de una nostálgica marimba.

Podrán decir, y así lo dicen, que los que señalamos estas cosas somos soñadores jurasicos; que el mundo moderno exige actitudes diferentes y propios de la postmodernidad; que es peligroso quedarse rezagado; que los tratados comerciales son imperativos; que no podemos desoír la voz de la modernidad y muchos argumentos más en este sentido.

En pocas palabras, el pragmatismo y la comodidad tienen más derecho que la historia y la identidad.

Lo que vamos perdiendo es el recuerdo nacional. El trajinar alucinante de la moderna vida cotidiana nos señala pautas y senderos ajenos a nuestra propia naturaleza. Ahora nos quieren encapsular el pensamiento. Mejor dicho, ya no quieren que pensemos. ¿Para que? Debe ser suficiente ver el canal de televisión conveniente y leer el periódico que se ajuste al pensamiento apropiado. Es mas, de paso puede encontrarse el anuncio que indique donde puede comprarse eso que no se necesita, pero que se debe poseer por envidia, imitación o simple compulsión.

La interrogante que se plantea, traumática y angustiada, se refiere a las posibilidades de reversión de esta tendencia y al papel que en la misma deben desempeñar los actores más indicados.

En realidad lo que debemos cambiar son nuestras actitudes. Sobre todo la capacidad de procesar y tamizar adecuadamente la avalancha de información distorsionada que recibimos cotidianamente, mantener nuestros niveles de reaccion emocionales, intelectuales y espirituales en un ámbito de independencia individual que nos permita juzgar para no ser absorbidos por la masa.

Desde ese lugar, los intelectuales, los religiosos y los académicos, principalmente, debemos asumir un papel de mayor responsabilidad.

Debemos adoptar una actitud de denuncia de las enormes contradicciones existentes; aclarando la historia y transmitiéndola auténticamente. Debemos abandonar la comodidad del intelectualismo elitista y asumir el papel de luz y guía de la sociedad.

No se trata de levantar un agónico clamor para detener el progreso tecnológico y científico. Lejos estamos nosotros de convertirnos en detractores sistemáticos de todos aquellos avances que nos permiten vivir mejor. Solo rechazamos el despojo y la irresponsabilidad cultural. No queremos ser apóstoles de la nostalgia, sino defensores de la identidad histórica de nuestro pueblo.

Eso quiere decir un plan sistemático y conciente de las autoridades gubernamentales para mantener y rescatar el simbolismo y el carácter de nuestra raza, pero también un esfuerzo constante y vigoroso de aquellos actores que, por su origen y naturaleza, son los llamados a defender y mantener nuestras raíces. Allí deben estar las universidades, los colegios y todas aquellas organizaciones que aman y comulgan con el alma del pueblo.

Quiero, finalmente, definir y puntualizar algo: no estamos añorando el regreso al candil y la carreta. Simplemente estamos proponiendo un vuelo diferente. No es que estemos abjurando de la radio, el avión y la lavadora de trastos. Mas bien, queremos insistir en que se puede perfectamente aspirar a la comodidad y a la modernidad, y sin embargo seguir, como decía el poeta Rubén Darío "Aun rezando a Jesucristo y aun hablando en español".